

RESPUESTA A LA VOCACIÓN MISIONERA COMO FUNDAMENTO DE LA IDENTIDAD
(*Relación para los misioneros jóvenes, Budapest 3 de julio de 2007*)

Tres conceptos están presentes en el título que me ha sido confiado para esta relación: la vocación (llamada) misionera, la respuesta y la identidad. Entre ellos existe una línea circular y un orden lógico quizás más que cronológico. La llamada, la respuesta, la formación de la identidad.

1. *La situación cultural actual*

En la sociedad secularizada, así como se manifiesta en la situación actual europea, la vida está pensada y vivida por la mayor parte de las personas no tanto como una vocación sino como un “proyecto” propio. Bajo este perfil, la crisis de las vocaciones religiosas, en cuanto que es evidente en sus aspectos más exteriores, es en realidad el rostro externo de una crisis más profunda, relacionada con la dificultad de vislumbrar en la propia vida el sentido de una misión confiada por Dios. En efecto, el primer y más urgente problema para muchos jóvenes es encontrar el sentido de la propia vida, quizás sin que tengamos plena conciencia.

Ahora, el sentido de la vida no se puede encontrar en cosas efímeras, momentáneas, en experiencias fugaces. El sentido es una “orientación decisiva” hacia una meta, más allá de las experiencias placenteras o tristes de la vida. Este sentido es de importancia fundamental para la formación de nuestra identidad personal, porque ésta nace del encuentro entre el sentido que la vida tiene en sí misma y nuestro consenso libre y responsable a ella.

Una identidad construida sobre experiencias parciales, provisionales, con la posibilidad de volverse atrás en cualquier momento de la propia elección, como la de tantos jóvenes de hoy (también incluso de tantos adultos), no puede por menos que ser débil, frágil (como hojas al viento), no ciertamente una “casa construida sobre la roca”. Esto me parece una de las características más macroscópica de la cultura europea contemporánea y, al menos por la fragilidad psicológica que se deriva, una nueva pobreza enorme de los jóvenes de hoy.

2. *Valor de la vocación*

En el concepto de vocación hay multiplicidad de significados. A nivel *personal*, contiene la idea de que sentirse llamado es la condición indispensable para la formación de una personalidad responsable (quizás no en vano la palabra “responsabilidad” tiene la raíz del verbo “responder”).

A nivel *social*, sentirse llamado es la condición indispensable para superar la tentación de ceder a un individualismo radical para vivir en su lugar la comunión. El subjetivismo moderno, por el cual el individuo viene antes que toda su relación, no corresponde a la experiencia concreta (según la cual nuestra identidad es propiamente el fruto de nuestras relaciones) y produce consiguientemente una profunda y radical soledad.

A nivel teológico, es Dios quien llama y la voz de Dios es la única que crea propiamente porque llama a la existencia, es la única que da vida, capaz de plasmar por sí sola una identidad. El hombre es “oyente de la Palabra” (*Karl Rahner*): si esta palabra no llega a su conciencia, el hombre es como una de tantas cosas creadas, no se ha despertado a su conciencia, no inicia la formación de su identidad. Ya que Dios Padre llama al hombre,

la Palabra de Dios es esencial para que el hombre despierte su consciencia de hijo de Dios y hermano de la humanidad entera. Finalmente, como *vicencianos*, estamos llamados por Dios a una tarea específica dentro de su pueblo. Nuestras Constituciones dicen que tal tarea consiste en “seguir a Cristo que anuncia el Evangelio a los pobres” (C. 1). Además, precisan que no se trata solo de dedicarse al anuncio, sino también en “participar del mismo Espíritu de Cristo, como lo ha propuesto San Vicente” (C. 5). Es decir, participamos en la *Redemptoris Missio*, pero en la forma específica señalada por San Vicente

3. *La respuesta a la llamada misionera*

Nuestra respuesta como vicencianos se inscribe en el compromiso misionero más amplio de toda la Iglesia al servicio del único Reino de Dios. Muchas y muy preciosas son las indicaciones contenidas al respecto en la encíclica de Juan Pablo II del 7 de diciembre de 1990: la *Redemptoris Missio*. Me limito a las más significativas para nosotros vicencianos.

Los primeros destinatarios de la misión son los pobres y quien se dedica a la evangelización de los pobres testimonia, llena el alma de toda la actividad misionera” (RM 60). Y “la primera y fundamental misión (...) es dar testimonio con nuestra vida” (Benedicto XVI *Sacramentum Caritatis*, n. 85). Esto quiere decir que, como vicencianos, estamos llamados a vincular nuestra vida a la de los pobres: *Evangelizzare pauperibus (non hominibus) misit me*. El ministerio entre los pobres no es un ministerio entre tantos: los pobres son nuestros primeros destinatarios.

“La actividad misionera es el deber más alto y el más sagrado de la Iglesia” (RM 63). Esto significa dos cosas al menos: que nuestra misión no se puede realizar *a latere* respecto a la misión de la Iglesia y que la Iglesia misma la tiene en gran consideración.

Si bien el compromiso de difundir recae sobre cualquier discípulo de Cristo en proporción a sus posibilidades, Cristo el Señor llama siempre de la multitud de sus discípulos a aquellos que quiere, (...) enciende en el corazón de cada individuo la vocación misionera” (RM 65). Esta es una llamada específica para nosotros vicencianos a participar en la misión misma de Jesucristo, el primer *Evangelizador de los pobres*.

“Esto se manifiesta en la totalidad del compromiso para el servicio de la evangelización” (ivi), es decir, un compromiso que implica la persona completa del misionero sin límites de fuerza o de tiempo marcándole la personalidad.

“Los misioneros deben meditar siempre sobre lo que conlleva el don recibido y actualizar su formación” (RM 65). La formación permanente para nosotros no es solo una norma a seguir sino una necesidad inserta en la naturaleza misma de nuestro compromiso misionero.

La vocación misionera “representa el paradigma del compromiso misionero de la Iglesia, que tiene siempre necesidad de entregas radicales y totales, de nuevos impulsos ardientes” (RM 66).

La afirmación es fuerte: nuestra vocación no es uno de tantos compromisos al interior de la Iglesia, sino el “paradigma” (es decir el modelo) mismo de la misión de la Iglesia en el mundo y en la historia.

Sin embargo, una fecundidad particular de la vocación misionera está representada por los institutos de vida activa “los inmensos espacios de la caridad, del anuncio evangélico, de la educación cristiana, de la cultura y de la solidaridad hacia los pobres, los discriminados, los marginados y los oprimidos” (RM 69). En este número de la

encíclica, titulado “la fecundidad misionera de la consagración” está el sentido eclesial de nuestra consagración de la evangelización de los pobres en la Iglesia.

4. *La vocación misionera es el fundamento de una identidad precisa.*

La última parte de la *Redemptoris Missio* (cf nn. 87-91), antes de la conclusión (cf n. 92), traza un perfil de la identidad que nace de la vocación misionera y que la encíclica llama “espiritualidad misionera”. En éste último punto de la relación, indico algunos rasgos salientes de esta identidad plasmada de la actividad misionera.

Ante todo, se trata de una identidad construida viviendo constantemente en plena docilidad al Espíritu Santo. Esta docilidad plasma interiormente la personalidad del misionero, haciéndole cada día más semejante a Cristo. La misión ha sido siempre obra del Espíritu, por medio de los misioneros, a lo largo de toda la vida de la Iglesia. *Redemptoris Missio* dice que hoy la misión permanece difícil y compleja como en el pasado y exige el mismísimo coraje y la mismísima luz del Espíritu de las primeras comunidades cristianas, cuando fuerzas hostiles e incrédulas se oponían a Cristo y a su evangelio (cf RM 87).

Otra nota esencial de la identidad plasmada de la vocación misionera es “la comunión íntima con Cristo” (RM 88). La misión no se puede realizar sin su referencia a Cristo como a aquel que envía. No se trata, sin embargo, solo de una obediencia exterior a un mandato, sino de una orientación interior de la personalidad del misionero, que lo empuja a “revestirse del Espíritu de Cristo”, como quería San Vicente para sus misioneros (cf RC I, 3).

Otra característica que el mismo San Vicente consideraba necesaria en la vocación vicenciana, tanto como para incluirla entre las cinco virtudes del buen vicenciano es el celo por las almas. No es solo un aspecto cuantitativo del trabajo apostólico: se trata por el contrario de la caridad misma de Cristo, que se hace atención, ternura, compasión acogida, disponibilidad e interés por los problemas del pueblo de Dios (Cf RM 89).

El celo por las almas tiene su razón de ser en la caridad de Cristo. “El misionero es el hombre de la caridad” (ivi). Su tarea primaria es anunciar a todo hermano que es amado por Dios. Es el testimonio de un “amor universal”, abierto a todos los pueblos y a todos los hombres, especialmente a los más pequeños y a los pobres. El misionero es de una gran actualidad hoy, precisamente porque sabe superar fronteras y divisiones de raza: es signo para todos del amor de Dios, que no excluye a ninguno.

“La llamada a la misión deriva de suyo de la llamada a la santidad” (RM 90). El misionero es llamado por el Maestro a comprometerse seriamente con la vida de santidad, porque la santidad es “un presupuesto fundamental y una condición completamente insustituible, para que se realice la misión de salvación de la Iglesia” (Juan Pablo II, *Christifideles laici* n. 17).

Es verdad que todo fiel está llamado a la santidad y a la misión, pero esto es especialmente verdadero para el que se siente llamado y enviado al mundo para evangelizar, como testimonia la primitiva comunidad cristiana, cuyo dinamismo misionero era propiamente el fruto de la santidad de los primeros cristianos. (que no en vano eran llamados “los santos”).

Otro elemento esencial de la vocación misionera, que cualifica la identidad y forma la personalidad, es remachado con convicción por San Vicente y en la tradición vicenciana sucesiva en estos términos: el misionero debe ser un “contemplativo en la acción”. El misionero es aquel que busca respuesta a los problemas a la luz de la Palabra de Dios y

en la plegaria personal y comunitaria. “El misionero si no es un contemplativo no puede anunciar a Jesucristo de un modo creíble” (RM 91).

El último pero no el menos importante, “El misionero es un hombre de las bienaventuranzas” (ivi). La Característica de la auténtica vida misionera es la alegría: aquella alegría interior y profunda que viene de la fe. Y no es cosa de poco, particularmente hoy, en un mundo siempre más angustiado y agobiado por mil problemas, prisionero de un pesimismo radical, aquel que anuncia el Evangelio (la “bella noticia”) es un hombre que ha encontrado en Cristo la esperanza y la ofrece al mundo.

Conclusión

El tema de este encuentro, que ve reunidos, quizás por primera vez, jóvenes misioneros vicencianos de toda Europa, lleva por título “Misionero: testigo y maestro de la fe”. He comenzado a desarrollar mis reflexiones y he llegado, sin quererlo, a entender que este título es equivocado, por lo menos insuficiente. El misionero desde siempre pero hoy de modo particular, no es solo un testigo y un maestro de fe: es también un testigo y maestro de caridad y de esperanza.

Fe, esperanza y caridad se llamaban en un tiempo las “virtudes teologales”, es decir, don de Dios que enriquece la vida del hombre, insertando en ella las capacidades divinas. El misionero es el testigo de esta posibilidad para el hombre: que la gracia divina transforme su misma naturaleza humana, llevándola hasta la plena madurez. Con una sola condición el misionero puede dar un testimonio semejante: solamente dejando que la gracia divina se encarne en su misma vida, plasme su identidad profunda, forme su personalidad. Este es el compromiso y la grandeza de nuestra vocación misionera.

Giuseppe Turati c.m.
Budapest 3 de julio de 2007